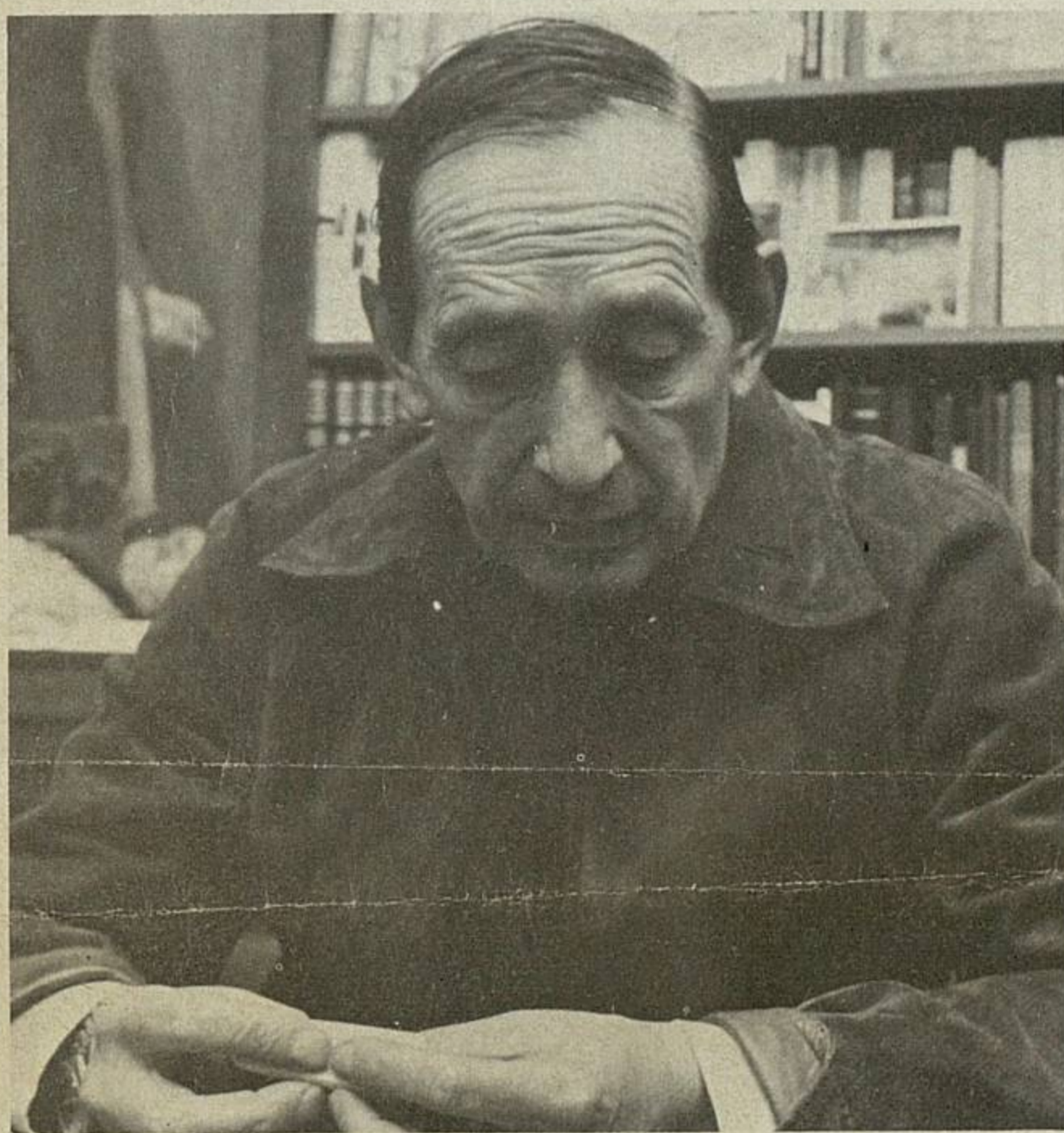


CINEGETICA

OPINION

AMD, 93, 21



POR MIGUEL DELIBES

Vallisoletano, 60 años. Uno de los literatos más puramente expresivos de habla castellana. Premios. Academias. Experto en temas cinegéticos. Para Delibes cazar es parte de la vida. Y nos responde a...

¿QUE ES UN CAZADOR?

"Matar no es el objetivo del buen cazador. Quien sale al campo guiado por la idea de matar, sin importarle el qué ni el cuánto, no es cazador sino exterminador..."

Con frecuencia, los entrevistadores me preguntan cómo puede ser amante de la Naturaleza un cazador, un hombre que, en cuanto se levanta la veda, la emprende a tiros con los pájaros que le salen al paso. La paradoja es sólo aparente. El verdadero cazador no es enemigo de la Naturaleza, antes bien un convencido proteccionista no sólo porque gusta de desenvolverse en un medio incontaminado sino también por egoísmo, porque es ella la que le provee de los animales que precisa para su esparcimiento. En los albores de la Humanidad, el hombre era exclusivamente cazador y, sin embargo, el orden ecológico no había sido todavía alterado. El cazador, como el águila o el raposo, era un elemento más a tener en cuenta en el mantenimiento del equilibrio natural. En sus orígenes, el hombre-cazador se desenvolvía con plena libertad. Con sus ardidés rudimentarios era incapaz de exterminar una especie. Ha sido luego, con la explosión demográfica y los avances técnicos, cuando la ley se ha visto obligada a interponer una serie de obstáculos para que determinados animales sobrevivan.

El objetivo del buen cazador no es matar. Quien sale al campo guiado por la idea de matar, sin importarle el qué ni el cuánto, no es un cazador sino un exterminador, lo que en la jerga cinegética se designa despectivamente con el sobrenombre de *carnicero*. Para el cazador que acata unas normas deportivas, el hecho de cobrar en una jornada de caza una o diez piezas no es esencial. Antes que el número de cazas abatidas está el disfrute de la Naturaleza, la salida del sol tras el cerro, hollar el primer rocío, el dulce murmullo de las encinas en el monte, el comportamiento y querencias de los animales, la actitud del perro, nuestro compañero, siguiendo el rastro de la pieza... En una palabra, el cazador auténtico *puede* pasar un buen día en el campo sin necesidad de disparar la escopeta. Diría más, el cazador auténtico, tan pronto advierta la presencia de un elemento que perturba o debilita a las piezas perseguidas, enfundará el arma y no se aprovechará de su ventaja. Porque, en el fondo, con unas vacaciones de civilización, que diría Ortega, el hombre-cazador busca en el campo una confrontación doble: con el difidente animal que acosa y consigo mismo. El hombre opone al recelo del animal, su astucia; a sus instintos, su inteligencia; a su agresividad, su valor; a su rapidez, sus reflejos. De ahí que el animal que no ofrece resistencia, que se inmoló cándidamente a la escopeta, no constituya pertinente piedra de toque para el hombre-cazador. Este exige contraposición para que la caza le colme. Y no se

1980

Todo está en orden

FUNDACION MIGUEL DELIBES

2

El cazador es el hombre que por sí mismo, a lo sumo con la compañía de un can, sale al campo, busca la pieza, la descubre, la levanta, la entriza, la fatiga y, finalmente, foguea sobre ella con la intención de derribarla.

hallará satisfecho mientras la competencia no se establezca con lo más peligroso o difícil: el león, digamos, en la caza mayor y la perdiz roja —paradigma de desconfianza, rapidez y bravura— en la menor.

Mas, al propio tiempo, el cazador compite consigo mismo, se goza en comprobar cada jornada que sus piernas, sus pulmones, sus reflejos están a punto, que sus músculos son capaces de emular, si se tercia, las proezas de anteriores temporadas. En definitiva, lo que el hombre-cazador busca en la caza es demostrarse a sí mismo que permanece, que no decae, que se mantiene incommovible ante las asechanzas de la caducidad y la muerte.

La costumbre designa con el nombre de cazadores, no obstante, a personas que no acatan estas normas, es decir, a personas que no lo son, que no son cazadores, puesto que a la doble confrontación apuntada, el cazador debe añadir un nuevo requisito: la no dependencia, el ser él solo, quien, con mejor o peor fortuna, se labra a diario su propia suerte. El cazador es el hombre que por sí mismo, a lo sumo con la compañía de un can, sale al campo, busca la pieza, la descubre, la levanta, la entriza, la fatiga y, finalmente, foguea sobre ella con la intención de derribarla. En consecuencia, aunque los pro-hombres madrileños hayan pretendido demostrar lo contrario a lo largo de cuarenta años, no es cazador el que mata perdices, o jabalíes, o lo que sea en batida. El tirador de ojeo es sólo eso, tirador. En la batida u ojeo, el portador del arma únicamente dispara. El resto de las funciones, búsqueda, descubrimiento, acoso y cobra de la pieza, lo delega en un pequeño ejército de asalariados. El tirador se sirve para sus fines —matar caza— de los pulmones y los músculos ajenos. No realiza solo su propia suerte. En la caza-caza no pueden producirse interferencias, fuera de la del perro, entre el cazador y la pieza. El la busca y él la cuelga de la percha cuando, tras una serie de vicisitudes más o menos duras y notables, ha logrado abatirla.

Algo semejante se podría decir de los reclamistas. Hablar de cazador como reclamo sería enaltecer un ejercicio alevoso, cual el de atraer mediante trucos y añagazas reprobables a un animal para matarlo. Porque el reclamista no caza, mata. No pone a prueba sus facultades físicas, simplemente aguarda. Da lo mismo que se sirva del celo, el hambre o la sed de sus víctimas. En cualquier caso, no caza, se prevale de una imperiosa necesidad ajena y la explota en su provecho. No dudó que la caza con perdigón ofrezca peculiaridades encandiladoras, exija conocimientos y requisitos que no pue-

den improvisarse, pero, en último extremo, el cruento desenlace, la muerte a traición del animal, invalida todos los preliminares. Este procedimiento de caza (¿), autorizado por la ley, en un movimiento de piedad mal entendido hacia los cazadores disminuidos, debería proscribirse, ya que en no pocas comarcas, donde la perdiz sobrevive a duras penas, podría suponer en poco tiempo su exterminio.

Existen asimismo, cazadores, auténticos cazadores en cuanto que se elaboran su propia suerte, que dejan de serlo al actuar con ventaja sobre los animales que persiguen, poniendo a su servicio las conquistas de la técnica, esto es, dando entrada en el lance al artificio con lo que la caza enajena algo que le es consubstancial, la naturalidad. La sofisticación no puede tener lugar en la caza. Echar a reñir Naturaleza y técnica es un contrasentido. La caza, ya se ha dicho, es la primera actividad del hombre sobre la Tierra. El hombre del Paleolítico oponía el ingenio al instinto. Esto, repito, es esencial y el hecho de que transitemos por el último cuarto del siglo XX no nos autoriza a pasar de ahí sin degradar un ejercicio milenario. Me refiero, pongo por caso, a la utilización de escopetas repetidoras o al empleo de pequeñas emisoras portátiles para informar a los compañeros de mano de la posición de los demás o del comportamiento de las piezas perseguidas. La aparición de la escopeta de dos cañones rompió ya la pureza del lance al conceder al hombre la oportunidad de enmendar su yerro, un segundo disparo que puede hacer ilusoria la finta fugaz de la pieza, destruir su triunfo inicial. Nada digamos de las actuales repetidoras de seis disparos. ¿Por qué no, si estamos en condiciones de fabricarlas, la ametralladora de caza?. El lance cinegético, como los torneos medievales, debe estar regido por el principio de armas iguales, condiciones iguales. Desde este punto de vista, los recursos de las emisoras, o los de las cintas magnetofónicas para atraer al campo, deben ser borrados del código venatorio puesto que rompen radicalmente el equilibrio en favor de una de las partes y, con ello, destruyen lo que la caza debe ser por esencia: una confrontación de facultades e intuiciones donde, en principio, el artificio no debe existir o debe quedar reducido al mínimo.

Para concluir, yo resumiría lo que la caza debe ser en dos puntos acordes con cualquier intento de esbozar un manual de deontología cinegética: a/ el cazador no debe tenderle trampas a la Naturaleza y b/ de la Naturaleza debe tomar las rentas, lo que excede, nunca la Naturaleza misma.